

El empecinado, Juan Martín Díez

Autoría: Miguel Ángel García García

Afiliación: Miembro de la Asociación Napoleónica Española y del Foro para el Estudio de la Historia Militar de España

SECCIÓN	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Historia militar	117-131	TDL-84-2025-117-131

TIPO DOCUMENTAL

Biografía histórica y presentación de libro

RESUMEN DOCUMENTAL

Síntesis biográfica de Juan Martín Díez, El Empecinado, basada en una presentación del libro dedicado a su vida. El trabajo recorre sus orígenes, su actuación guerrillera durante la Guerra de la Independencia, su carrera militar y su posterior enfrentamiento con el absolutismo de Fernando VII. El autor destaca la construcción de su memoria como héroe popular y símbolo de la lucha por la libertad y el liberalismo en España.

PALABRAS CLAVE

El Empecinado · Juan Martín Díez · Guerra de la Independencia · guerrilla · liberalismo · Fernando VII · historia militar

CITA BIBLIOGRÁFICA

Miguel Ángel García García. «El empecinado, Juan Martín Díez». Torre de los Lujanes, n.º 84, 2025, pp. 117-131. ISSN 1136-4343.

El empecinado, Juan Martín Díez

Por
**Miguel Ángel
García García**

*Miembro de
la Asociación
Napoleónica
Española
y del Foro para el
Estudio de la His-
toria Militar de
España*

El pasado 20 de diciembre tuve la oportunidad de presentar mi libro, *El Empecinado: La vida de Juan Martín Díez*, en el espléndido salón de actos de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País. Durante el acto, fui narrando la vida de este personaje histórico.

A continuación, se ofrece un resumen de la presentación:

El libro

El libro *El Empecinado: La vida de Juan Martín Díez*, editado por el Foro para el Estudio de la Historia Militar de España y con prólogo del Excmo. Sr. D. César García del Castillo, general jefe de la Cuarta Subinspección General del Ejército, es fruto

de siete años de investigación exhaustiva. Podemos afirmar, con la debida modestia, que es la biografía más completa hasta la fecha sobre Juan Martín Díez, conocido como El Empecinado. Aunque su figura ha sido representada en multitud de obras, quedaban aspectos poco explorados, especialmente los relativos a su vida personal y a su relación con la Junta Superior de Guadalajara durante la Guerra de la Independencia.



Origen y primeras acciones de El Empecinado

Juan Martín Díez nació el 2 de septiembre de 1775 en Castrillo de Duero (Valladolid), en el seno de una familia modesta. Al cumplir la mayoría de edad, se alistó en el ejército y participó en la guerra del Rosellón contra Francia. A su regreso, se casó con Catalina de la Fuente Francisca, natural de Fuentecén (Burgos), dedicándose al cultivo de la vid y a regentar varios negocios junto a otros vecinos de su pueblo, como la posada, el mesón, la abacería, y la correduría de Castrillo de Duero.

Según una descripción de la época, El Empecinado era:

“De estatura regular, robusto y lleno de cara en proporción; su rostro moreno, barba poblada y negra, ojos vivos y centellantes, ancho de pecho y espalda, y de un brazo fuerte; hombre duro para la fatiga, con un talento aunque no expresivo, de bastante comprensión; su trato natural y franco desconoce la intriga, manifiesta con ingenuidad su sentir y siempre ha sido amante del orden”.

Su vida cambió de forma radical a raíz del Tratado de Fontainebleau (1807), que permitía el paso de tropas francesas por España camino de Portugal. El incumplimiento del tratado por parte de Francia desencadenó el inicio de la Guerra de la Independencia. Con toda probabilidad, El Empecinado comenzó la lucha participando el 12 de junio de 1808 en el combate de Cabezón de Pisuerga (Valladolid) y, tras la derrota del ejército español al mando del general Gregorio García de la Cuesta, regresó a su pueblo decidiendo hacer la guerra por su cuenta. Existe una leyenda popular que sostiene que Juan Martín Díez tomó las armas para vengar a una joven de su pueblo que habría sido violada por soldados franceses. Sin embargo, no hay ninguna prueba documental ni testimonio histórico que respalde esa versión. La realidad es mucho más prosaica. Su primera acción documentada tuvo lugar a finales de junio de 1808, cuando atacó a un correo francés, apropiándose de 10.000 duros de oro y de la correspondencia oficial. La documentación se la entregó en mano a Gregorio García de la Cuesta en Villalpando (Zamora), quedándose él con el dinero. Este suceso señala que sus motivaciones iniciales incluían tanto el patriotismo como la necesidad económica, pues su situación financiera era delicada: al tener sus bienes embargados por no haber completado el pago de unas tierras compradas el año anterior.

Viendo el éxito obtenido, formó una partida inicial compuesta por 6 hombres, en su mayoría de dudosa reputación, que comenzaron a operar en el tramo entre Aranda de Duero y Somosierra, conocido en esa época como “Camino Real” o popularmente como “la Mala”.

El apodo de “El Empecinado” y su educación

El propio Juan Martín Díez explicó que el apodo “El Empecinado” se atribuía a todos los naturales de su pueblo cuando se establecían en otro lugar, debido al color negruzco que presenta el barro depositado en un arroyo cercano llamado Botijas. Sin embargo, es probable que en su caso tuviera que ver con su tez muy morena, casi negra, parecida a la “pecina”. Gracias a un documento conservado en el archivo de la Chancillería de Valladolid, sabemos que ya antes de la guerra se le conocía con este sobrenombre y no consta que a ningún otro vecino se le apodara de la misma forma.

Aunque su lenguaje se caracterizaba por ser bastante rudo y plagado de expresiones vulgares, esto no debe confundirse con ignorancia. El Empecinado sabía leer y escribir; si bien Eugenio de Aviraneta —el famoso Brigante de Pío Baroja, basado en una figura real que acompañó a El Empecinado durante el Trienio Liberal— dejó constancia de que su caligrafía era tosca y de trazos grandes.

Guerra de guerrillas y conflicto con la Junta Superior de Guadalajara

El Empecinado pronto empezó a destacar gracias a emboscadas y a la captura de tropas francesas, a pesar de la intensa vigilancia en la zona. Ante su creciente notoriedad y el aumento de la partida guerrillera, los franceses pusieron precio a su cabeza y arrestaron a su madre, a quien mantuvieron presa en Aranda de Duero durante varios meses, hasta que fue liberada.

Para evitar represalias contra las poblaciones que le daban cobijo, El Empecinado trasladó sus operaciones a Ciudad Rodrigo y Sala-

manca, regresando a Aranda de Duero en el verano de 1809. Para entonces, los correos franceses —principal objetivo de El Empecinado y sus hombres— habían cambiado de ruta y se dirigían a Madrid por Valladolid, en lugar de seguir el Camino Real de Francia que pasaba por Aranda de Duero y Somosierra. Ante la falta de objetivos, decidió trasladarse a Aragón.

De camino, al atravesar la provincia de Guadalajara, la recién creada Junta Superior de Guadalajara le ofreció apoyo y suministros a cambio de protección, iniciándose así una relación mutuamente beneficiosa. Sin embargo, su espíritu de independencia y su estilo de liderazgo chocaron con la estructura jerárquica de la Junta, lo que provocó tensiones que se agravaron cuando fue nombrado brigadier de los Reales Ejércitos en septiembre de 1810. A partir de ese momento, dejó de ser un simple guerrillero para convertirse en un general del ejército español.

El ascenso de El Empecinado a brigadier generó desconfianza en la Junta Superior de Guadalajara, que emprendió una campaña de desprestigio para que fuese trasladado a otra provincia y sustituido por alguien afín a sus intereses. En sus cartas a Cádiz, lo describían como “ignorante e incapaz de ejercer el mando”, y llegaron a afirmar:

“Aspira al dominio absoluto de la provincia el que no vale para el gobierno de su tropa. Considera la junta que solo puede ser útil en lo sucesivo separándolo de la provincia con destino a cualquiera de los ejércitos bajo las inmediatas órdenes de un general que lo emplee en el mando de un pequeño cuerpo de caballería, en el cual, obligado a observar las leyes de la verdadera disciplina, continuará dando pruebas de su valor y se atreve a proponerlo y pedirlo así a V.A.”

Esta rivalidad interna lo afectó casi tanto como la lucha contra las tropas napoleónicas, hasta el punto de perder el mando de su división en julio de 1811, aunque pudo recuperarlo poco tiempo después.

Transformación militar y conflictos internos

Con el rango de brigadier, El Empecinado reorganizó sus guerrillas en una división del Ejército español, integrándose oficialmente en el Segundo Ejército. Sus hombres adoptaron uniformes regulares y se convirtieron en unidades militares convencionales. Sin embargo, los conflictos con la Junta Superior de Guadalajara continuaron, al igual que con algunos generales del Segundo Ejército —en particular con José Joaquín Durán y Luis Alejandro Bassecourt—, cuya actitud conservadora contrastaba con el espíritu combativo de El Empecinado.

No obstante, mantuvo una estrecha amistad con otro de los generales del Segundo Ejército, Pedro Villacampa, con quien compartía una visión estratégica más agresiva contra los franceses. Juntos llevaron a cabo operaciones militares como el ataque a la población de Auñón y a su puente fortificado.

Incursiones en Madrid

Durante la guerra, El Empecinado realizó frecuentes incursiones en la provincia de Madrid, dificultando las comunicaciones francesas y sembrando el pánico en sus guarniciones. Sin embargo, estas acciones contribuyeron indirectamente a agravar la crisis humanitaria que sufrió Madrid en 1812, cuando una devastadora hambruna —provocada por la mala cosecha del año anterior, las requisas del ejército francés y el cerco de las partidas guerrilleras— causó miles de muertes. Un testigo que visitó Madrid en junio de 1812 dejó constancia de ello en su diario:

“Desde el día 8 de junio hasta el 26 que me he hallado en Madrid, he visto desgracias y miserias que no pueden hacerse creíbles a quien

las lea. Millares de personas arrojadas por las calles y plazas muriéndose sin encontrar quien las socorriese ni les diese un pedazo de pan para remediarlas. Parvulitos inocentes clamando y diciendo que se morían de hambre, que les diesen un poquito de pan por Dios, y no hallaban auxilio. Adultos y ancianos de todas clases y oficios cayéndose muertos de necesidad sin encontrar auxilio; un gran número de éstos tenían las piernas hinchadas, que era el preludio seguro de su muerte, pues a pocos días de la hinchazón morían. En fin, los infelices se mueren a centenares arrojados en las calles como los perros, o tienen que emigrar de Madrid para no verse en tan triste estado, de modo que esta gran capital se halla casi desierta, y en ella sólo viven los franceses y afrancesados con los robos y sustancia de los pueblos que aniquilan. En este medio año de 1812 han recogido en Madrid más de quince mil cadáveres, víctimas todos del hambre.”

El 12 de agosto de 1812, tras la batalla de los Arapiles, Madrid fue liberado, y El Empecinado fue el primero en entrar en la capital, siendo recibido con vítores y júbilo por la población. Sin embargo, la tensión con la Junta Superior de Guadalajara y con otros comandantes no desapareció.

Conflicto con Bassecourt

En octubre de 1812, el rey José I emprendió la ofensiva para recuperar Madrid desde Valencia —donde se había refugiado—, avanzando conjuntamente con el mariscal Soult, quien a su vez tuvo que evacuar Andalucía. Para retrasar esos movimientos, se destinó a El Empecinado, a Bassecourt y a Villacampa hacia la zona de Requena y Utiel (Valencia). No obstante, la falta de coordinación y las rivalidades internas entre los dos primeros desembocaron en una retirada

desordenada ante el avance francés. Bassecourt acusó a El Empecinado de incompetencia, intensificando su campaña de desprestigio:

“Llegan a tal punto los desórdenes de las tropas del Empecinado, es tal la conducta de un jefe y oficiales, todos idiotas, petulantes, de baja extracción y aun criminales, que a pesar de las consideraciones que hizo V. a mi ayudante Daly, no puedo menos de representármelos con viveza para no sobrecargar mi honor y mi estimación, observando pasivo la ruina de nuestra amada patria, que en breve se verá envuelta en la esclavitud y en la opresión, sino se hacen desaparecer estos cuerpos, cuya existencia es incompatible con nuestra salvación. Hágame V. la justicia de creerlo así, consulte V. si quiere la pública opinión de los países que ha pisado y los votos de las personas sensatas que han tenido la desgracia de conocer a estos partidarios y dicte por sí, o consulte al Gobierno las providencias que reclama nuestra situación y los males que nos afligen. Yo quisiera que viniera V. y los tocara por sí mismo, entonces vería V. quién es el Empecinado, quiénes los jefes y oficiales de su división, la vida y manejo de sus soldados, y las esperanzas que quede libre la nación en los esfuerzos y valor decantado de esta gente, y estoy bien seguro de que V. no podrá desentenderse de su fácil remedio.”

Por su parte, el General Jefe del 2º Ejército, Francisco Javier de Elío —superior de ambos—, tras convivir con ellos durante esos últimos meses de 1812, ofreció buenas referencias de El Empecinado a las Cortes de Cádiz y achacó las críticas a envidias:

“...Que el Empecinado es subordinado, que tiene en regular pie su división, que en lo que alcanzan sus toscos talentos busca al enemigo y sus soldados, teniendo confianza en él, se batien regularmente, que lo que le falta son oficiales de luces y disposición para la instrucción, que los ha anhelado y pedido con ansia y que éstos se le proporcionen a toda prisa, y por último que yo no he hallado en él

sino buenos deseos metidos en una tosca corteza que ya no es posible remediar, pero que por su crédito, por el conocimiento que tiene del país y su disposición a obedecer no creo de ninguna manera conveniente el deshabilitarlo ni manifestarle desconfianza; no hay, señor, motivo para ello. El pueblo en general le quiere, su tropa le estima y solo aquellos pudientes o autoridades a quienes él habrá cercenado sus bienes y sus pretendidas autoridades, son los que se quejan de él. Habrá cometido algún desafuero, pero ¿quién es el que con mando y poder independiente en la época pasada de la revolución no los ha hecho? Ninguno, señor Excmo., ninguno, ni es posible mandar en el día sin hacerlos, o abandonar la defensa de la patria. Que hay otros jefes de más boato que no son capaces de servir como él...”

A pesar de los constantes rumores de indisciplina y corrupción promovidos por sus rivales, El Empecinado continuó luchando y organizando operaciones en Guadalajara, Cuenca, Madrid y Tortosa, logrando mantener su reputación ante las autoridades y la población que lo apoyaba.

El Final de la Guerra: Reconocimiento y Desencanto

Tras la expulsión de los franceses de España en 1814, El Empecinado fue recibido como un héroe en Madrid y otras ciudades. Se le concedieron honores, condecoraciones y recompensas por sus servicios a la patria, y fue ascendido a mariscal de campo (equivalente, en la actualidad, a general de división). Sin embargo, su alegría duró poco: el regreso de Fernando VII al trono y la restauración del absolutismo supusieron un duro golpe para sus ideales liberales y para la defensa de la Constitución de 1812. Además, se sintió decepcionado

al comprobar cómo los generales del antiguo régimen —la mayoría de los cuales apenas había participado activamente en la guerra— ocupaban los principales cargos, mientras que el resto de los generales, especialmente los de origen guerrillero, quedaban relegados a puestos menores.

En febrero de 1815, El Empecinado decidió presentar una carta al rey, advirtiéndole de los peligros de confiar ciegamente en la camarilla que lo rodeaba. Esta postura enfadó al monarca, quien lo amonestó, si bien no lo castigó severamente ni lo confinó en su pueblo, como aseguran algunas versiones exageradas. Sin embargo, se le retiró temporalmente el mando militar durante unos meses.

Ese mismo año, tras la fuga de Napoleón de Elba y su regreso al poder durante los Cien Días, el gobierno español temió una nueva invasión francesa y formó varios ejércitos de observación, siendo El Empecinado destinado al de Aragón para defender la frontera por Huesca. Tras la derrota definitiva de Napoleón en Waterloo, junio de 1815, la amenaza de invasión desapareció y El Empecinado decidió entonces retirarse a su pueblo natal, necesitado de descanso tras tantos años de guerra.

Conflicto con su mujer y conspiraciones

Cuando El Empecinado regresó a Castrillo de Duero, llevaba muchos años alejado de su hogar y no había visto prácticamente a su esposa, Catalina de la Fuente, en todo ese tiempo. La pareja no había podido tener hijos, mientras que El Empecinado, durante la guerra, había tenido dos hijos ilegítimos, lo cual suponía una profunda afrenta para Catalina, no solo por la infidelidad, sino también porque evidenciaba la capacidad de su marido de tener

descendencia. La situación se hizo aún más tensa cuando El Empecinado regresó acompañado de una joven criada de unos 12 años, llamada Tomasa Cuenca, natural de Sacedón (Guadalajara) quien, según una carta encontrada en un archivo, posiblemente llegara a ser su amante. La presencia de Tomasa y los rumores sobre la conducta impropia de El Empecinado con otras mujeres provocaron un duro enfrentamiento con Catalina. El conflicto escaló hasta el punto de que el cura del pueblo intervino y denunció a El Empecinado ante el Capitán General de Castilla la Vieja, Carlos O'Donnell, con quien ya había tenido roces durante la Guerra de la Independencia. O'Donnell ordenó su arresto en el pueblo, alegando la denuncia del cura.

Para evitar el escándalo público y el escrutinio de sus vecinos, El Empecinado construyó una casa fuera de Castrillo de Duero, junto al camino que une Peñafiel y Aranda de Duero. Se mudó allí con Tomasa Cuenca y varios criados, mientras Catalina permanecía en el pueblo. Sin embargo, esta casa también se convirtió en un refugio político, ya que entre 1815 y 1820, durante el período de restauración absolutista de Fernando VII, El Empecinado participó en diversas conjuras y pronunciamientos destinados a restaurar la Constitución de 1812. Por su ubicación discreta y apartada, su residencia fue punto de encuentro de emisarios y conspiradores, entre los que figuraban hombres enviados por Espoz y Mina, exiliado en Francia por su apoyo al liberalismo. Durante aquellas reuniones se preparó el terreno para un pronunciamiento que finalmente triunfó en 1820, dando inicio al Trienio Liberal.

El Trienio Liberal

En 1820, con el éxito del pronunciamiento de Riego en Cádiz, se restauró la Constitución de 1812 y comenzó el Trienio Liberal. Durante este período, El Empecinado fue nombrado segundo cabo de Castilla la Vieja, equivalente a ser el segundo al mando en la Capitanía General de esa región. No obstante, su mandato resultó muy breve, puesto que, junto con el conde de Montijo, protagonizó diversos escándalos y desórdenes que llevaron a su destitución en menos de dos meses.

Posteriormente, se le nombró gobernador de Zamora, pero tanto él como el partido liberal comenzaron a perder fuerza frente al creciente poder de los realistas. Esta debilidad se debió en parte a la desunión entre los propios liberales, ya que la mayoría pertenecía a la masonería, dividida a su vez en facciones. Mientras la masonería tradicional (francmasonería) quedaba relegada, surgió una masonería más política que apoyaba la Constitución de 1812. Pero esa masonería política también se fracturó en dos grupos:

- Un sector moderado, que proponía conceder más poderes a Fernando VII dentro de la Constitución y establecer un sistema bicameral, similar al francés.
- Otro, más radical, que defendía mantener la Constitución de 1812 tal y como se promulgó.

Los liberales más radicales se separaron de la masonería y fundaron la llamada Confederación de Comuneros Españoles, una sociedad secreta revolucionaria que buscaba defender la Constitución de 1812 sin concesiones al absolutismo. El Empecinado, fiel a sus convicciones, se unió a los Comuneros, convirtiéndose en uno de sus

líderes más destacados. Esta postura radical le valió no solo la oposición de los realistas, sino también la de los liberales moderados.

Captura y ejecución

Con la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis (1823), El Empecinado resistió hasta el último momento defendiendo al partido Liberal. Sin embargo, fue capturado injustamente en noviembre de ese año por Domingo Fuentenebro, su enemigo personal que ocupaba el cargo de Corregidor de Roa (Burgos), quien lo encarceló en condiciones inhumanas.

Desde noviembre de 1823 hasta agosto de 1825, El Empecinado permaneció encerrado, incomunicado y, en ocasiones, privado de alimentos. Desesperado, hizo llamar a Felipe, uno de sus dos hijos nacidos durante la Guerra de la Independencia, con la intención de revelarle la ubicación de sus bienes —tierras y préstamos pendientes— para que contratara al abogado comunero Félix Mambrilla y, así, sobornar a Fuentenebro o, en último caso, buscar un indulto ante el rey. Sin embargo, aunque se permitió a Felipe entrar en prisión, no se le consintió salir, frustrando así el plan.

En 1825 se celebró un juicio presidido por el propio Fuentenebro, quien ya había decidido la sentencia de antemano. La condena fue: arrastre, ahorcamiento y descuartizamiento. Al presentarse la sentencia a Fernando VII, el monarca la consideró excesiva y mostró una falsa clemencia, ordenando que no fuera arrastrado ni descuartizado, pero sí condenado a la horca.

La sentencia se comunicó el 16 de agosto de 1825 y El Empecinado pasó a capilla. Durante este tiempo, intervino el carmelita fray Ramón de la Presentación, viejo conocido de El Empecinado

desde la guerra, aunque absolutista radical y amigo de Fuentenebro. El fraile logró manipular al preso para que revelara la ubicación de todos sus bienes, prometiéndole la liberación. Engañado, El Empecinado firmó dos documentos detallando sus propiedades, confiando en la palabra del carmelita.

El 19 de agosto de 1825, día de la ejecución, lo sacaron de la prisión vestido con hábito negro y cordel de penitente y lo obligaron a montar en un burro desorejado, símbolo de humillación pública. Aún esperaba la concesión de indulto, pero al llegar a la horca comprendió que había sido engañado por el carmelita. En un acto de fuerza y desesperación, rompió sus esposas e intentó huir hacia la colegiata de Roa para acogerse a Sagrado, pero fue reducido por los voluntarios realistas que poblaban la plaza.

La horca estaba formada por una escalera apoyada sobre un madero alto, del cual colgaba la soga. El verdugo ascendió junto a él y, aupado en los hombros del degradado mariscal, le colocó la soga al cuello. Luego agarró al Empecinado, y se lanzó con él desde lo alto de la escalera, provocando un tirón seco que, según el informe oficial, aseguró una muerte inmediata. Uno de los detalles macabros que registra este informe es que la sacudida fue tan fuerte que una de las sandalias de Juan Martín salió despedida varios metros.

Tras la ejecución, comenzó una persecución sistemática contra la familia de El Empecinado y todos los que hubiesen tenido relación con él. Se les confiscaron los bienes que había declarado al fraile carmelita, alegando que eran propiedad del gobierno y para cubrir los gastos del proceso y ejecución. Incluyeron el coste de la madera y los clavos de la horca, la manutención del verdugo y hasta la comida consumida por El Empecinado y su hijo en prisión. Aunque en 1832, un año antes de la muerte de Fernando VII, se restituyeron algunos de los bienes, ya era tarde: la mayoría habían sido subasta-

dos, y su esposa, Catalina de la Fuente, había fallecido, por lo que lo poco que quedaba pasó a manos de los hermanos del propio El Empecinado.

Legado y descendencia

Con la llegada de Isabel II al trono, se reivindicó la memoria de El Empecinado, al igual que la de otros mártires liberales como Riego, Porlier y Mariana Pineda. Durante el reinado isabelino, se restauró su honor y se reconoció su lucha por la libertad. En 1837, sus restos fueron exhumados y trasladados a un mausoleo en Burgos, por iniciativa de su hijo mayor, Juan, como homenaje a su memoria.

El Empecinado tuvo tres hijos: dos durante la Guerra de la Independencia y uno en 1822, fruto de su relación con una joven de Nava de Roa (Burgos). Hacia 1835, solo sobrevivía el mayor, Juan, pues Felipe y Valentín, el más joven, ya habían fallecido. Juan se estableció en Madrid, se casó y tuvo una hija llamada Victoria Luciana, nieta directa de El Empecinado. No se han hallado registros que acrediten que Victoria Luciana tuviera hijos, por lo que se cree que la línea directa se extinguió con ella. En la actualidad, muchas personas afirman ser descendientes de El Empecinado, sobre todo vecinos de Castrillo de Duero; sin embargo, en realidad descienden de sus hermanos, en particular de Manuel.

Pese a la persecución, la confiscación de bienes y la humillación de su muerte, la figura de El Empecinado sobrevivió en la memoria colectiva como símbolo de la lucha por la libertad y del liberalismo en España. Su legado militar fue reivindicado y honrado por generaciones posteriores, hasta convertirlo en uno de los más destacados héroes populares de la historia nacional.